

gunas plantas raquílicas, de hojas ásperas y descoloridas. Y de pronto, como un dardo fantástico deslumbrador y que hubiera disparado un arquero gigantesco, un rayo de sol enceguecedor, penetró por la estrecha garganta. Primero fué un abanico de oro desplegado sobre un alto picacho, donde la nieve era tan tersa y maciza, que la azulidad del cielo se derramó sobre él, como sobre un raro y caprichoso jarrón que estuviera puesto al revés. Después, oro líquido, resbaló sobre los murallones blancos e inundó de claridad purísima la inmensa oquedad de las montañas, que hasta entonces sólo llenaba el silencio y el misterio» (Cielos del Sur, pág. 99).

Esta última transcripción está tomada de el cuento «El Derrotero» uno de los mejores que se incluyen en el libro «Cielos del Sur». Hay en él un taciturno desgarramiento de almas, una tragedia silenciosa que sobrecoge al lector como el espectáculo de la cordillera descrita.

Luis Durand ha pasado a ser uno de los valores positivos de nuestra literatura. En la pobre generación de escritores contemporáneos,—pobre por el escaso número de sus representantes—Durand descuella con indiscutible vigor. El premio que le ha concedido últimamente la Sociedad de Escritores de Chile, es uno de los más justos.

HOMBRES EN LA SELVA, por *Mariano Latorre*.

Predecesor de Luis Durand, podría llamarse a Mariano Latorre. Latorre ha cultivado con invariable constancia la narración novelesca, basada en la vida intensa de nuestras cordilleras, costas y montañas. Ha sido el creador de una literatura nacionalista de innumerables matices, sólida y conscientemente arquitecturada.

Si bien Latorre ha venido más tarde que Baldomero Lillo, Gana, y Labarca Hutbertson, su obra no sigue exactamente sus huellas. Posee vigorosa personalidad, libre de toda influencia extraña. Sólo tiene de común con sus antecesores cronológicos, el profundo amor a la tierra chilena. Sus métodos de tra-

bajo difieren de ellos en absoluto y los sobrepasa en el volumen y diversidad de los temas, en la acuciosidad de su labor de artífice.

Latorre ha llegado a obtener un perfecto dominio en su técnica literaria. Si en su primera obra pudo criticársele un exceso de descripciones, especialmente de paisajes, posteriormente ha llegado a un equilibrio que es casi la perfección. «Hombres de la Selva», la preciosa novelita que acaba de publicar en su N.º 9 de «Narraciones de Zig-Zag» es un testimonio de nuestro aserto.

Latorre, junto a su vigoroso poder narrador, posee cualidades de refinado estilista. La sobriedad de expresión y la justeza de imágenes, añaden relieve al relato.

Aquí tenemos, por ejemplo, esta novela breve en que se canta la epopeya de los conquistadores de la selva sureña. Los hombres desfilan con la pausada grandeza de las personalidades fuertes y representativas de nuestra raza. Juan Azócar, el «Toro Frutilla», «Juan Diablo», «La Brígida», son personajes que se mueven en su ambiente con asombrosa vitalidad. La montaña vibra y se adueña de nuestro ser, a tal punto que, al llegar al final del relato, con su tragedia culminante, sentimos la impresión de que ella es un protagonista más, que ha contribuido al lógico desenlace.

No se podrá hablar de Chile en el futuro, sin que se tenga que recurrir en consulta a Latorre, uno de los historiadores y descriptores más hondos de sus calladas epopeyas y de su imponente naturaleza.

DE REPENTE, por *Diego Muñoz*, Santiago de Chile.—Novela «Zig-Zag».

El autor de esta novela es un escritor que, según creo, no llega aún a la treintena. Ha hecho una vasta labor como periodista en «Las Últimas Noticias» en donde se han publicado crónicas diarias, durante un buen número de años.

Ya como «croniqueur» ha llamado la atención por su estilo